

Una historia de la violencia y la guerra a través de la Arqueología

A history of violence and warfare through Archaeology

Reseña de: GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo, *Tierra arrasada: Un viaje por la violencia del Paleolítico al siglo XXI*, Barcelona (España), Editorial Crítica, 2023, 512 pp. ISBN 978-84-9199-525-8.



JORGE ROUCO COLLAZO

Instituto de Ciencias del Patrimonio – CSIC

jorge.rouco-collazo@incipit.csic.es

La obra *Tierra arrasada: Un viaje por la violencia del Paleolítico al siglo XXI* es el último ensayo de Alfredo González Ruibal, arqueólogo e investigador científico en el INCIPIT-CSIC, radicado en Santiago de Compostela. Siendo el autor uno de los principales especialistas españoles en Arqueología del Conflicto, este libro continúa esta línea de trabajo con un foco más global y diacrónico que en obras anteriores suyas¹.

Con *Tierra Arrasada*, González Ruibal pretende realizar la primera historia de la violencia y la guerra a través de los restos materiales de esta, y, además, con una perspectiva global. Esta propuesta tiene, pues, gran novedad por la aproximación arqueológica al fenómeno de la violencia a nivel global. El libro está organizado en diez capítulos ordenados de forma diacrónica, que van desde el Paleolítico hasta la actualidad. En busca de esta perspectiva global, el autor recorre Europa, Asia, África y América en distintos períodos. Por tanto, seguiremos esta estructura para el comentario de la obra.

El primer capítulo comienza en los albores del tiempo. En el período paleolítico se detecta la violencia en el registro arqueológico desde etapas tempranas, pero nada que para el autor pueda considerarse como guerra. Ni siquiera violencia colectiva, siendo los posibles casos de la misma bastante inciertos a partir de los pocos restos materiales. El panorama cambia a partir del Neolítico, apareciendo ya en el registro arqueológico fosas comunes con muestras claras de ser producto de masacres indiscriminadas, incluyendo mujeres y niños. Especialmente llamativo es el caso de la cultura LBK (*Linearbandkeramik*) alemana, en el que estos hallazgos se multiplican hacia el final de esta etapa.

¹ González Ruibal, Alfredo, *Volver a las trincheras: una arqueología de la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

Recibido: 5 de febrero de 2024; aceptado: 25 de febrero de 2024; publicado: 31 de marzo de 2024.

Revista Historia Autónoma, 24 (2024), pp. 278-281.

e-ISSN: 2254-8726.



Pese a estos antecedentes, la guerra propiamente dicha, como una institución con sus propios códigos, apareció durante las Edades de los Metales. Esto trata el capítulo 2 de la obra. Es en este momento en que el proceso de estratificación social iniciado a finales del Neolítico se acentúa, aparece la figura del guerrero con un rol social específico, basado en la violencia y asociado a las armas y la masculinidad. También comienzan a fabricarse herramientas específicas para la guerra, como puñales, hachas, alabardas y espadas. Así mismo es la etapa en la que empieza a emplearse al caballo y los carros de combate para la guerra. La aparición de esta clase de guerreros va aparejada a la constitución del patriarcado y a una ritualización de la violencia. Fruto de esta institucionalización de la guerra será también la aparición de las primeras batallas propiamente dichas y la fortificación del paisaje.

El tercer capítulo versa sobre la constitución de los primeros estados, tanto en Oriente Próximo como en China. Estos tienen en común su afán por el monopolio de la guerra y la importancia como guerreros que tienen sus monarcas, tanto en Egipto como Asiria o la China preimperial. Así, la violencia es consustancial al monarca, también en tiempos de paz, mostrándose al rey como cazador. El poderío de estos estados hace que puedan destinar muchos más recursos hacia la guerra, apareciendo ejércitos permanentes como el del Egipto del Reino Nuevo, fronteras fortificadas como las chinas y guerras imperialistas y expansionistas. Cabe destacar que, en el caso chino, la tecnología del hierro se desarrolló previamente en la vida civil y religiosa antes que en la militar. Rompe, por tanto, con el mito de que las innovaciones tecnológicas siempre surgen primero de lo bélico.

El cuarto capítulo vuelve a centrar su atención en el Mediterráneo, para analizar la guerra en Grecia y Roma. Se trata de un período con mucha mayor información en las fuentes escritas, pero la arqueología permite un análisis mucho más directo de la crudeza de la guerra consustancial a estas dos sociedades. En el caso de Grecia, destaca el surgimiento de la figura del hoplita, el guerrero-ciudadano que es la base de la *polis*. Su pesado equipamiento estaba desarrollado para el combate en grupo, siendo inútiles para duelos individuales. Esta guerra colectiva de *polis* contra *polis* supone el nacimiento de las guerras ciudadanas. Aunque ya se da desde época helenística, la guerra en Roma supone un gran desempeño de recursos, tanto para la destrucción como para la construcción. Las grandes obras militares romanas, algunas efímeras, y su logística transformaron el paisaje de forma duradera.

En el quinto capítulo, el autor nos lleva ya a la Edad Media, tanto en Europa como África. El colapso del Imperio romano en Europa supuso un tiempo convulso en que, a diferencia del momento anterior, vuelven a predominar las *razzias* como forma de guerra. En la África medieval la arqueología también nos habla de guerras y desplazamientos forzosos de población, como el reino cristiano de Alodia, en el actual Sudán, que desapareció en el siglo XII debido a una invasión. Para la etapa bajomedieval, la arqueología nos retrata el sufrimiento de los soldados a través de las heridas en sus cuerpos. Pero no solo la violencia era sufrida por los

combatientes, si no que en fosas comunes nos encontramos con restos de mujeres y niños, produciéndose masacres de civiles sobre todo cuando había un componente religioso. Este es el caso de los progromos a juderías, habituales a partir sobre todo de la llegada de la peste y de cuya extrema violencia nos hablan los restos óseos estudiados en algunos cementerios judíos a lo largo de Europa.

El sexto capítulo nos lleva a América, para tratar la violencia y la guerra colectiva en el continente antes de la llegada europea. En este se resume geográfica y cronológicamente la diversidad del continente a través de distintos ejemplos, como los indios pueblo, mayas, aztecas y las sociedades preincaicas de Sudamérica. Los patrones son similares a lo que sucede en otros continentes, siendo los primeros ejemplos de violencia colectiva las *razzias* entre grupos, pero existiendo restos materiales de matanzas y exterminios en las etapas de crisis, además de la violencia ritual practicada por algunos de estos pueblos.

El séptimo capítulo supone ya la guerra en la modernidad, un momento en el que comienza el expansionismo europeo por el resto del globo. Esto es en buena medida debido a una evolución tecnológica que lleva a que las armas de fuego sean imperantes en los campos de batalla desde mediados del XVI. La modernidad también supone la aparición de dos nuevos fenómenos: la guerra total y la guerra global. La primera guerra total es la de los Treinta Años, que supuso una gran movilización y una enorme mortandad civil y la destrucción de buena parte de Alemania. La considerada como gran primera guerra global es la de los Siete Años, en las que participaron buena parte de las potencias europeas, con numerosos conflictos regionales derivados en varios continentes.

El octavo capítulo se centra en analizar los restos de las guerras del siglo XIX. Ese siglo vio nacer las guerras ideológicas por motivos distintos de los religiosos. Las guerras totales se hacen la norma, con una enorme movilización de soldados y gran mortandad, también civil, como las guerras napoleónicas que involucraron a toda Europa. Por su parte, la guerra civil estadounidense se convirtió en la primera guerra que empleó los elementos que caracterizan las guerras industriales de finales del XIX y del XX. La enorme potencia de fuego empleada, junto con la aparición de las ánimas estriadas y las balas minié provocaron la normalización de las trincheras, transformándose el paisaje de forma masiva. También se volvieron habituales los campos de prisioneros, dado su gran número, y las heridas en los soldados se hicieron mucho más brutales debido al cambio en el armamento.

El noveno capítulo pasa hablar de los dos grandes conflictos del siglo XX, las dos guerras mundiales. En este caso, siempre a través de la arqueología, González Ruibal se centra en aspectos menos conocidos de estos conflictos. Como la vida diaria de los soldados de las trincheras de la Primera Guerra Mundial, a través de sus elementos de higiene personal, el alcohol, el tabaco, la comida enlatada y precocinada, etc. que muestran el nacimiento de la sociedad de consumo en las trincheras. Pero también los horribles restos de las heridas y muertes por la brutalidad

y la magnitud de la contienda. En el caso de la Segunda Guerra Mundial, la arqueología sirve para narrar aquellos frentes que han pasado más desapercibidos, como la guerra en el África subsahariana, Islandia o incluso el Ártico. También resulta fundamental para comprender el Holocausto, aunque sea efímero en sus restos materiales.

El último capítulo se centra en la guerra tras 1945, marcada por la Guerra Fría, bastante más activa en Asia, África y Sudamérica, donde abundan los restos de la guerra. También en occidente, aunque en este caso se trate de búnkeres y grandes bases militares. En esta etapa, la guerra continúa transformando brutalmente paisajes y, lamentablemente, siguieron produciéndose los genocidios.

Las conclusiones del autor inciden en que la violencia con ensañamiento se produce en todos los grupos humanos, pero es excepcional pese a la existencia de ciclos de violencia en todo el globo y épocas, provocados por cambios climáticos, intentos de expansión territorial y colapso de sistemas políticos. La violencia tiene siempre el objetivo de causar terror para reforzar el orden social imperante, pero a la vez se crean códigos de regulación social para mantenerla dentro de unos límites. Por último, otro patrón que destaca el autor es que la guerra es mayoritariamente masculina, siendo las mujeres más víctimas de ensañamiento de forma habitual.

Tierra arrasada consigue, efectivamente, realizar una narración de la evolución de la violencia y la guerra a través de la Arqueología, aunque no deseché el uso de otras fuentes. A través de la materialidad, el autor consigue reflejar aspectos poco conocidos de la guerra, como el día a día de los combatientes, y destacar el papel de otros grupos que no aparecen habitualmente mencionados cuando se habla de guerra, como mujeres y niños. El relato de la guerra y la violencia en estas páginas es crudo, sin buscar epicidad, y consigue ofrecer una perspectiva amplia, más allá del habitual prisma europeo. La narración, además, es directa y amena, aunque en ocasiones se eche en falta que el autor se detenga más en alguno de los ejemplos concretos que emplea a lo largo del texto. A esto hay que sumar, además, que la edición en cuanto a la introducción de las imágenes en el libro a veces no es la más adecuada.

En definitiva, este ensayo supongo una gran aproximación a la historia de la violencia y la guerra desde una nueva perspectiva, y de gran interés tanto para especialistas en la temática como para el público general.